

Mussolini en España

Santander, presa del fascismo

«Vienen a buscar las minas, vienen
a buscar las primeras materias,
vienen a buscar los puertos, el
Estrecho, las bases navales en
el Atlántico y en el Mediterráneo...»

(Discurso de S. E. el Presidente de
la República el 18 de julio de 1937)

EDICIONES ESPAÑOLAS

MADRID - VALENCIA - 1937

Santander, presa del fascismo

Los generales de las victorias fáciles

El mundo entero sabe a estas horas que quienes han llegado a Santander, como antes llegaron a Bilbao, no son las tropas de Franco sino las de Mussolini. «Cuando las divisiones legionarias paraban frente a la casa donde estaba el cuartel general —dice *La Tribuna*, de Roma, dando cuenta del avance— gritaban el saludo al rey y al Duce.» Cuatro divisiones italianas provistas de artillería, aviación, carros de asalto, intendencia y material motorizado, seguidas de tropas moras y extranjeros del Tercio, que formaban la retaguardia «nacional», operaron contra un ejército heroico, pero deficiente, al que la Geografía tenía desposeído de elementos de combate y de bases de aprovisionamiento.

Reconozcamos que Mussolini ha ganado esta batalla, como perdió hace meses la de Guadalajara. Con la diferencia de que en Brihuega el Ejército republicano desenvolvía su acción en condiciones normales, mientras en Santander fué víctima de una manifiesta inferioridad. Pero una verdad es evidente: que ha sido Mussolini, y no Franco, quien ha ocupado la tierra montañesa, soltando sobre ella aviones, tanques

y obuses de los que prepara para encender la guerra general. Los italianos saludaban al rey y al Duce. No se acordaban para nada de Franco, cuyo papel ha quedado reducido al de un oficial distinguido de las tropas de Piazzoni o de Bergonzoli, el «barba eléctrica» que mandó una división en Abisinia y que ahora, según el corresponsal de guerra de la *Gazzeta del Popolo*, está un poco enfurecido porque le apliquen en España el mismo apodo que en Etiopía. Sin duda considera que la «No Intervención» exige un leve *camouflage*.

Una agencia bien informada ha lanzado a la Prensa internacional la lista de los generales italianos que participan en la conquista de España. Son éstos: Perti, Piazzoni, Bergonzoli, Francisci, Biscanccianti, Velardi, Manca, Bastico, Frucci, Favagrosso, Roatto y Teruzzi. Los planes de la conquista de Santander son de Bastico, miembro del Estado Mayor italiano. Favagrosso es el jefe de la Intendencia. Roatto pertenece a los Servicios de Información del Ministerio de la Guerra italianos. Teruzzi forma parte del Estado Mayor de los «Camisas negras».

Si el lector se fija, verá que Mussolini tiene en España más generales que Franco. Es natural: los 70.000 italianos que según ha declarado M. H. V. Kaltenborn, recién salido del campo faccioso, componen el ejército de Italia en España, exigen expertos y jefes en número suficiente para lograr el éxito de la invasión. Pero estos generales no se han atrevido a luchar allí donde las armas republicanas les derrotaran meses antes; se han lanzado sobre una zona aislada del Norte que apenas podía ser socorrida por el Gobierno legítimo. No había aeródromos, ni fábricas

de municiones, ni medios normales de aprovisionamiento. Los generales de Mussolini son los generales de las victorias fáciles. *Il Popolo*, de Italia, ha dicho que «los muertos de Guadalajara han sido vengados.» Pero la venganza fué por la espalda, como esos malhechores que aprovechan la indefensión del adversario para atacarle. Y es que Mussolini necesitaba un éxito militar en España que le compensase de la vergonzosa huída de sus legionarios en la Alcarria. Buena parte de la prensa europea ha informado al mundo de las discrepancias surgidas entre los Estados Mayores de Italia y Alemania acerca de la operación de Santander. Mientras von Faupel consideraba más eficaz para el triunfo completo del fascismo en España una ofensiva sobre la zona Cuenca-Teruel para atacar Madrid y Levante, los italianos creyeron más fructífera, por lo fácil, la operación contra Santander. El caso era darle a Mussolini la satisfacción de una victoria aparatosas, aun a sabiendas de que no decidía nada en el problema general de la guerra española. Mientras a los alemanes les corre prisa terminar la aventura que acelera su ruina, el Duce especula diplomáticamente con la campaña española, que a la vez que le descarga de algunos cupos de hombres sobrantes —¡ la tragedia de la nueva Roma !— le facilita posiciones favorables para el porvenir.

Sería desconocer la naturaleza de las dictaduras fascistas y la crisis interna que las corroe si no se apreciase la valoración desesperada que le conceden a sus exteriorizaciones bélicas. Para aturdir a unas masas hambrientas y decepcionadas necesitan poner en juego los mitos de la conquista y del imperio. Temen la guerra, pero caen en ella como el pájaro

que por huir se abrasa en el incendio. La política del «chantaje», la política de los «hechos consumados» que con tan excelente resultado practica el fascismo sin agotar la bíblica paciencia de las naciones democráticas, es también una necesidad imperiosa de esos regímenes que a cambio del hambre y el látigo de muchos años ofrecen la presa de una conquista colonial. ¿Qué terribles dudas no sembrará en la Italia fascista una empresa como la española donde apenas ha recogido otra cosa que cadáveres y fracasos? Pero hay que mantenerla para envolver en el humo de las explosiones la íntima zozobra de las masas y afrontar al mismo tiempo en las mejores condiciones posibles la guerra futura que los Estados totalitarios tienen fatalmente que desencadenar.

El drama de la No Intervención

Mientras los inefables personajes del Comité de No Intervención se dispersaban por las playas de moda para descansar de la improba tarea de ignorarlo todo, las divisiones del Ejército regular italiano atacaban el Norte; los submarinos italianos hundían barcos de distintas banderas, incluso la inglesa, y el bloqueo marítimo, ejercido por corsarios de la cruz gamada y el hacha lictoria, renovaban en el Mediterráneo la antigua piratería con más avilantez que la ejercieran los Drake y los Barbarroja.

Parece ya ocioso insistir en la denuncia del drama de Londres —drama, más que comedia, porque la ficción está empapada en sangre— que ha facilitado el atropello de los derechos del pueblo español y establecido en el mar un régimen de bandidaje sin prece-

dentes en la historia contemporánea. La intervención italoalemana se ha significado desde el primer día por su cinismo singular. Desde que Italia, Alemania y Portugal aceptan la sugerencia francoinglesa de alejamiento absoluto de la lucha española, se suceden todas las descaradas infracciones que cometen los países fascistas para llevar adelante sus planes militares en España.

Al hablar del Comité de No Intervención tenemos que recordar, naturalmente, la única excepción que se ha registrado allí: la del representante de Rusia. En vano Maisky con su sólida argumentación y la fuerza de su dialéctica ha golpeado en los oídos de las restantes representaciones, sordas al derecho y a la justicia. De todos modos hay que reconocer que gracias a Rusia la acción del Comité no logró en absoluto anular los esfuerzos del pueblo español para defenderse del fascismo. Rusia y Méjico han sido los únicos países que desde el primer día se han colocado francamente al lado del pueblo español y al lado del derecho, por lo tanto. Con la generosa ayuda de Rusia la República ha logrado resistir las acometidas de la jauría fascista hambrienta de territorios y de materias primas. Esa solidaridad es tan preciosa que ningún español podrá olvidarla.

Para ilustrar el episodio de la invasión de Santander por las tropas italianas vamos a señalar los principales aspectos de esta farsa indigna con una suma de hechos rigurosamente probados, sin aludir esta vez al intervencionista alemán, ni a las vilezas de Portugal, ese trágico *groom* del fascismo europeo.

El 29 de agosto de 1936 el Gobierno italiano, con-fabulado con los de Berlín y Lisboa, decide prohibir

la exportación directa o indirecta, la reexportación y el tránsito con destino a España y posesiones españolas de armas, municiones y material de guerra. En efecto, el 31 de agosto desembarcan en Vigo veinte aviones italianos, y unos días después, destacamentos italianos al mando del conde Rossi, invaden Mallorca; más tarde, ya en septiembre, dos mil soldados italianos salen de Verona para España.

El 10 de octubre, el embajador de Italia en Londres, Grandi, declara en la sesión del Comité de No Intervención que Italia «seguirá fiel a la política de neutralidad». El 29 de octubre manifiesta que «Italia respeta escrupulosamente sus compromisos». Sin duda, para demostrarlo, el mismo día dieciocho batallones son movilizados en Turín. Se hacen importantes concentraciones en Spezia y Milán, que poco después son trasladadas a España para participar en la conquista de Madrid. El 20 de octubre treinta aviones partieron del aeropuerto de Sarzana para la península.

El 8 de enero de 1937, tanto Italia como Alemania, aceptan la prohibición del envío a España de «voluntarios». Italia exige que la No Intervención «sea integral y totalitaria». Por eso el día 17 cuatro mil italianos llegan a Cádiz, y el 28 lo hace el general Carracciola, jefe de las divisiones de Udine. El 7 de febrero otros dieciséis mil italianos desembarcaron en Cádiz conducidos por los transportes de la misma nacionalidad para tomar parte en la conquista de Málaga.

El 1.º de abril el ministro de Propaganda de Italia, Alfieri, dijo en declaración oficial: «Es absolutamente falso que Italia se disponga a enviar nuevos voluntarios a España. Las medidas adoptadas por el Comité de Londres han sido y serán respetadas por el Go-

bierno italiano.» Después de estas palabras era natural que llegasen más legionarios; el día 5 desembarcaron cinco mil, que fueron enviados directamente al País Vasco.

Hace algunas semanas, antes de tomarse sus fructíferas vacaciones el Comité, Grandi insistía en «que las proposiciones italoalemanas —las de la beligerancia para Franco— tienen por objeto servir la causa de la paz y los principios de la neutralidad». Seguidamente llegaban a Cádiz tres mil soldados, y submarinos y aviones italianos hundían cuatro barcos mercantes españoles, uno británico y otro francés.

De cómo se ha ejercido el control naval y terrestre, otra de las caras de este innoble juego de la No Injerencia, está en la memoria de todos. Los barcos italianos y alemanes ejercían el espionaje contra la República española, transportaban material y hombres y bombardeaban de vez en cuando los puertos republicanos. El incidente del *Deutschland* no fué más que la comprobación de esta ingente falsedad. Aviones republicanos bombardearon también un buque italiano que disparaba contra ellos en aguas de Mallorca. Mallorca, plaza italiana desde el comienzo de la guerra, donde ondea permanentemente la bandera de aquel país, es la base de todas las fechorías marítimas de Mussolini. Pero aun el control ejercido de esta manera estorbaba a los fascistas para desarrollar en toda su extensión los planes de la conquista de España. Por eso aprovecharon el *affaire* del *Leipzig*, para promover la crisis del control y emprender libremente el régimen de agresión y de pillaje que estuvo llevándose a efecto en el Mediterráneo con impunidad incomprensible.



Mientras Inglaterra, Francia y los restantes países que forman en la que pudiéramos llamar «constelación democrática» observan a rajatabla y con celo singular el acuerdo de neutralidad, los países fascistas vulneran a diario el compromiso y logran desenvolver una persistente acción militar contra la República española. Cuando Franco anunció el bloqueo de los puertos leales contra todo derecho, porque nadie le ha reconocido hasta ahora la calidad de beligerante, sabía que para ejercerlo carecía de fuerza propia. Contaba, sin embargo, con las fuerzas navales italoalemanas, que le han servido, efectivamente, para aislar la zona del Norte y emprender su ocupación. Han sido buques italianos y alemanes los que han sembrado de minas el litoral; aviones italianos y alemanes los que han bombardeado los buques mercantes que transportaban víveres a Bilbao, a Santander y a Asturias; submarinos italianos y alemanes los que han atacado a navíos ingleses y franceses sin otra consecuencia que unas vagas protestas tramitadas formulariamente en Salamanca. Inglaterra y Francia, por no reconocer la burla del compromiso de Londres, se ven cada día empujadas a concesiones de tal índole que entran ya en la órbita de la infamante humillación. Por muchas sutilezas que formule Míster Eden no podrá ocultar ya que está dilapidando una herencia imperial: la de la hegemonía británica en el mar. Mientras en Londres se derrochan esfuerzos dignos de mejor causa para conservar el famoso equilibrio del Mediterráneo, Italia demuestra con hechos reales que ha roto este equilibrio. Ya puede decir Mussolini, por boca del *Popolo*, que el Mediterráneo «es un lago italiano». A esto ha conducido la obstinación suicida de mantener

el acuerdo de No Intervención, roto en cien pedazos por una de las partes, que ni siquiera ha quedado inoperante, como ya se atreven a declarar en el Quai d'Orsay, sino que ha servido para facilitar la intervención extranjera en España y crear una nueva situación traspasando al fascismo el control de algunos centros vitales del continente.

No somos nosotros, republicanos españoles, dolidos del trato injusto que nos otorga Europa, con la sola excepción de Rusia, quienes vemos el riesgo de la preponderancia italiana. Algunos periódicos franceses han reproducido los juicios de un nacionalsocialista alemán, Manfred Sell, publicados en la *Marine Rundschau*: «Italia juega un papel primordial de potencia mediterránea con relación a España por la proximidad de Mallorca. Los acuerdos italoespañoles pueden ser extremadamente peligrosos para Francia, porque ellos equivalen a una doble amenaza estratégica de la ruta marítima de la Francia meridional (Marsella-Tolón) al Africa del Norte (Bizerta, Argel y Orán). Esto, por lo que afecta a Francia. Porque para Inglaterra el problema es igualmente grave, según el experto «nazi»: «En España, por el estrecho de Gibraltar, pueden cortarse fácilmente las arterias vitales de Inglaterra, sin que ésta pueda responder seguidamente con una acción decisiva. Por eso la actitud de España puede ser para Inglaterra de una importancia mayor todavía que para Francia.» Piénsese, en vista de esto, la posible actitud de España ocupada militarmente por Italia. El comentarista francés saca tres consecuencias del predominio fascista en España: 1.^a Francia se encontraría cercada por tres dictaduras imperialistas: una, más allá del Rhin; otra, detrás de

los Alpes ; la tercera, detrás de los Pirineos. 2.^a Las rutas marítimas de Francia con sus colonias africanas serían gravemente amenazadas, en caso de guerra ocupadas inevitablemente. La ruta del Mediterráneo sería igualmente de difícil paso para los barcos ingleses, a pesar de Gibraltar. 3.^a La carta militar y naval del continente se encontraría completamente modificada, de tal suerte que los planes de los Estados Mayores franceses e ingleses no serían ya factibles, operándose cambios desastrosos para la seguridad de los dos pueblos.

A esa catástrofe desemboca la absurda política de la No Intervención.

El fascismo hace «su guerra»

Como dijo en su discurso del 18 de julio el Presidente de la República, ni Italia, ni Alemania, ni Portugal tenían con España conflictos para hacernos la guerra. Se trata, pues, de una guerra de invasión por motivos políticos y económicos. «Vienen a buscar las minas, vienen a buscar las primeras materias, vienen a buscar los puertos, el Estrecho, las bases navales en el Atlántico y en el Mediterráneo. Y todo eso, ¿por qué? Para dar jaque a las potencias occidentales interesadas en mantener este equilibrio y en cuya órbita política internacional, precisamente, España ha venido rodando durante muchos decenios. Para dar jaque lo mismo a la potencia inglesa que a la francesa. Para esto es la invasión de España.»

Y, además, para resolver la difícilísima situación interior por que atraviesan los Estados fascistas. Tanto Italia como Alemania sienten crujir el suelo a sus pies

por falta de seguridad económica. Necesitan colonias, territorios de expansión, empresas audaces que les permitan seguir engañando a las masas con una prosperidad que el fascismo no puede darles. Las informaciones de Italia acreditan que la vida de los campesinos, de la clase media y de los obreros, es cada día más angustiosa. Los hombres aceptan cualquier oferta con el afán de mejorar un poco su existencia. El Estado fascista sólo ofrece látigo y sumisión. La conquista de Abisinia fué una quimera para el pueblo, que ya está convencido de que el pretendido imperio se ha convertido en una engañifa, pues reporta cuantiosos gastos y no rinde frutos apreciables. Con la aventura española el pueblo presiente que va a suceder igual, pero la miseria llega a tal extremo que las familias esperan los sobresueldos de una campaña militar como la única salida de la terrible crisis que soportan. En el «Libro blanco» se recogen cartas de esposas y madres de legionarios que aguardan los giros de España como una solución desesperada.

Entretanto Italia hace la guerra en España —la sangrienta introducción al gran conflicto— y se prepara la guerra general. El pueblo no come y no puede pagar los impuestos, pero el Estado lo subordina todo a la preparación de la guerra. Un informe fidedigno consigna los siguientes datos: «Las grandes maniobras de Sicilia en colaboración con la flota y la aviación se han organizado indudablemente con miras a una guerra en el Mediterráneo. Además, hace tiempo, el Instituto de Reconstrucción Industrial, de acuerdo con el gobierno, ha constituido una sociedad financiera siderúrgica, con un capital de 900 millones de liras, para «reorganizar, concentrar y aumentar» la

producción siderúrgica. Mussolini telegrafió al Consejo de Administración en estos términos: «Si existe, después del sector del pan, otro en el que sea preciso alcanzar el máximo de la autarquía, ese es el del hierro. No hay tiempo que perder.» Al mismo tiempo el gobierno italiano —es decir, el Duce— disponía la concentración de un millón de toneladas de hierro de la isla de Elba. Se sabe también que ha hecho enormes compras de carbón y de trigo y que acaba de prohibir la exportación del arroz, que es el elemento primordial en la alimentación del ejército.»

Italia toma en España posiciones para la guerra inevitable. Sus planes no han sido formulados como consecuencia de la sublevación militar, fácilmente estrangulada por la República a no ser por la ayuda extranjera. Es que la sublevación militar es una consecuencia de esos planes. Está confirmado que la preparación del movimiento se hizo de acuerdo con Mussolini y con Hitler, que así echaban los cimientos del eje Roma-Berlín. Goicoechea, March, Rodezno convinieron con el Duce la sublevación y recibieron fondos y armas para desencadenarla. La guerra de invasión estaba pensada de antemano lo mismo que la de Abisinia, que como ha revelado el general Di Bono en un libro reciente, estaba planeada antes de los incidentes que sirvieron de pretexto para la ocupación. «El Duce hace su guerra —dice Ziromsky— y no la abandonará si no es ante una voluntad enérgica que lo contenga.» Mussolini no habría podido imaginar que fuera tan fácil encontrar dentro del mismo país los traidores a la patria que hicieran el juego a sus ambiciones. Verdad es que había precedentes; pero su megalomanía no puede llevarle a creerse el Napoleón del

siglo xx, aunque algún literatoide fascista le haya encontrado incluso rasgos fisonómicos parecidos. Napoleón encontró a Godoy y «a la familia de Carlos IV», que el pincel de Goya reveló en toda su miserable indignidad. Mussolini halló políticos y generales que, con tal de acabar con la República, pactaban la entrega de España.

Por eso Franco, vil instrumento de los invasores, dirige al Duce, su jefe y empresario, esos infamantes telegramas que harían enrojecer de vergüenza, si ya no lo estuviera de sangre, a toda la tierra española. «Rindo a S. E. el tributo de nuestro agradecimiento y admiración por el valor demostrado por las tropas italianas. El valor y la disciplina de que las tropas italianas han dado muestras en esta ofensiva han coadyuvado de forma patente a la conquista de Santander y han ayudado y seguirán ayudando a la victoria final.» ¡ Sólo un subordinado diestro en la adulación y la zalema puede escribir semejantes palabras ! Por eso Mussolini contesta con la majestuosa complacencia del dueño que se encuentra servido : «Estoy muy contento de que las tropas legionarias italianas hayan aportado durante estos diez días de lucha una contribución potente y poderosa a la victoria de Santander. Que esta contribución encuentre hoy, con nuestro telegrama, la gratitud esperada. Esta fraternidad de armas es, desde hoy, una garantía de victoria final que librará a España y al Mediterráneo de toda amenaza contra nuestra civilización común.—*Mussolini.*»

Pero los telegramas y comunicados más edificantes son los que ha insertado estos días la prensa italiana demostrando al mundo que la conquista de Santander pertenece por completo a las tropas italianas.

Los consignamos aquí, no sin repugnancia, como una prueba más que es indispensable divulgar :

1.º (*Popolo* del 28 de agosto).—El comandante de las tropas legionarias en España ha enviado al Duce el telegrama siguiente : «Los legionarios, orgullosos de haber cumplido con el deber que les ha sido confiado, significan a usted su orgullo por haber llevado a las tierras españolas el ideal de nuestra patria y de haber combatido para mayor gloria de la Italia fascista y de S. M. el rey emperador y el Duce.»

Mussolini ha contestado como sigue : «La victoria corona el heroísmo de los soldados italianos, reconocido y exaltado, no sólo por Italia, sino por el mundo entero. El pueblo italiano ha seguido sus hazañas apasionadamente y con la seguridad de la victoria. A usted, a los generales de la columna, a los oficiales y a todos los legionarios, mi entusiasta aprobación. Italia está orgullosa de sus combatientes en tierras españolas.—*Mussolini.*»

2.º (*Stampa*, día 28 de agosto). — Telegrama de S. E. el general Teruzzi al Duce : «Los «camisas negras» han cumplido completa y heroicamente con su deber. La consigna del Duce ha sido sagrada. Deseo aseguraros otra vez que los «camisas negras» continúan en posesión de esa fe guerrera forjada por vuestra voluntad.»

3.º Comunicado oficial de Roma del día 27 de agosto por la noche. «Orden del día de S. E. Russo, jefe del Estado Mayor de las Milicias voluntarias para la seguridad nacional.—S. E. ha publicado la orden del día siguiente : «La milicia ha sabido con orgullo el heroico comportamiento de los camaradas voluntarios que han alumbrado con espléndida luz las gestas

ya vengadas de una página inmortal de la Historia : Guadalajara. A los voluntarios que han dado otra brillante prueba de sacrificio voluntario, y sobre todo a los caídos, el pensamiento emocionado de todos los «camisas negras». A los *condottieri* de esta dura cruzada, nuestro saludo romano. Al Duce, que nos proporciona el supremo orgullo de salvar, más allá de la vida, la causa de la revolución, el juramento más alto de ser siempre más dignos de nuestros valientes camaradas y el empeño de honor de que en la rudã ruta del deber las negras insignias, ya cargadas de gloria imperial, antigua y reciente, sabrán conquistar los laureles de la más clamorosa victoria. ¡ Viva el Duce !—*Russo.*»

4.º (Comunicado oficial de Roma. *Stampa* del día 28 de agosto).—«Los Jefes.—En los partes o en los comentarios del victorioso avance en la provincia de Santander, citaremos los nombres de los valientes generales, algunos de los cuales son conocidos porque han combatido en Abisinia, Bastico, Roatto, Perti, el Inspector General de los «Camisas Negras», Teruzzi, y a los comandantes de las columnas que rompieron las líneas de hierro rojas ; generales Frucci, Piazzoni, Bergonzzoli y Francisci, hombres de gran valor y profunda experiencia militar, pero sobre todo entrenadores de hombres, es decir, *condottieri*, en el sentido italiano y fascista de la palabra. Tenemos que dar también los nombres de los generales Biscanccianti, Velardi, Manca y el del general Favagrosso, jefe de la Intendencia. El general Bastico nació el 9 de abril de 1876, en Bolonia ; fué oficial en 1896, y prestó servicio en el cuerpo de *bersaglieri*, en el Estado Mayor. El primero de mayo de 1935 era comandante de la Di-

visión CC. NN. «23 de marzo», en el cual tomó parte en la primera fase de las operaciones en Africa Oriental. Al hacerse cargo del mando el conde de Pistoia, fué nombrado comandante del tercer cuerpo de ejército que luchaba contra el ras Immuru. Figura entre los primeros voluntarios que fueron a España, a donde pidió ser enviado en vez de ocupar el cargo de comandante del cuerpo de ejército de Alejandría, para el que había sido designado.»

5.º (Comunicado de Roma del día 27. *Stampa* del día 28).—«Roma ha celebrado la victoria. La alegría del fascismo romano y del pueblo por los éxitos alcanzados en Santander es inenarrable. La triunfal victoria de los «camisas negras», el heroísmo de las divisiones «Flechas negras», «Littorio» y «Llamas negras», la liberación de España del terror bolchevique, han sido exaltados por los altos oficiales de las milicias voluntarias para la Seguridad Nacional, que han hablado a los fascistas. Estos y gran masa del pueblo han participado del mismo entusiasmo.»

¿Puede ya dudar alguien en España y fuera de España? ¿Es posible que perdure aún el equívoco y que Mussolini pueda con una mano firmar acuerdos de neutralidad y con la otra extender las órdenes de invasión?

Nuestra guerra y la de 1914

Pero como ha dicho el Gobierno al dar cuenta de la caída de Santander, «el pueblo español expresa su firmísima voluntad de seguir luchando contra la tiranía, sin que le arredre ninguna clase de vicisitudes». Las legiones extranjeras ocuparon Santander, como

antes Bilbao y Málaga, e invaden una buena parte del territorio nacional conducidas por los judas de la patria. Pero mientras quede un metro de tierra donde luchar, el pueblo seguirá combatiendo al feroz enemigo.

La pérdida de Santander es un episodio doloroso para la República; pero no irreparable ni decisivo. Así lo comprenden los españoles de la zona leal, los que combaten en los frentes y los que trabajan en la retaguardia. Por eso no hay descenso en la moral de los antifascistas; al contrario, estos reveses refuerzan el ímpetu combativo y el afán de desquite alimentados por el profundo amor a nuestra libertad. Durante la invasión napoleónica sólo nos quedaba una ciudad, Cádiz, y se preparó el ejército, funcionaron el Gobierno y las Cortes y por fin España alcanzó su independencia. Sabemos que las circunstancias son diferentes; pero el clima moral de los españoles respecto al invasor es exactamente el mismo.

Ya hemos dicho que los generales de Mussolini son los generales de las victorias fáciles. La situación del Norte, por razones de orden geográfico, ha impedido que el Gobierno pudiera lanzar allí los elementos de que dispone ya para llevar adelante la guerra y confiar en la victoria. En un trabajo técnico sobre el ataque a Santander se han escrito palabras tan ciertas como las siguientes: «En un espacio limitadísimo reunió el enemigo cien aviones, ochenta tanques, una gran masa de artillería y cuatro divisiones italianas, amén de tabores marroquíes y otras fuerzas extranjeras. En todo el Norte nos batimos en condiciones de manifiesta inferioridad. Nuestra aviación no cuenta casi con aeródromos. En cambio, la de ellos dispone

de los de Castilla la Vieja, León, Galicia y Navarra. Por otra parte las autoridades legítimas han de resolver difícilísimos problemas de abastecimiento. El mar nos es hostil, más que por el bloqueo fascistoide, por la extraña actitud de determinadas marinas extranjeras, que olvidadas de su tradición, se han convertido en cómplices navales de los facciosos. La ayuda a los bravos republicanos norteros no puede ser directa, más que de un modo asaz precario.»

Esa es la verdad estratégica de la lucha. Pero que en el Norte no se decide la guerra es tan evidente, que la ofensiva emprendida a estas horas en Aragón puede cambiar por completo su fisonomía. La organización del Ejército republicano se ha hecho patente en Guadalajara, en el Jarama, en Brunete, en Aragón. El enemigo quiso conquistar Madrid, por creerlo llave de la victoria, y tuvo que desistir varias veces de su intento, a pesar de los enormes medios que lanzó contra la capital. La derrota en Madrid le llevó a atacar la faja aislada del País Vasco y Santander. Pero ahora «se acabaron los objetivos excéntricos», como ha dicho un especialista. Ahora los frentes republicanos están unificados, respondiendo de modo absoluto a la tesis del mando único. La solidaridad de los frentes, consigna lanzada hace meses, se consolida en la unificación de los frentes, que ya responden al Mando con automatismo prodigioso. En el orden técnico y profesional el Ejército republicano progresa ininterrumpidamente. Mientras el enemigo necesita inyectar entusiasmo a sus frentes con operaciones efectistas, mientras las fuerzas facciosas se quebrantan con la discordia, la República aprieta sus filas y destruye los gérmenes de división y de indisciplina que paralizaron

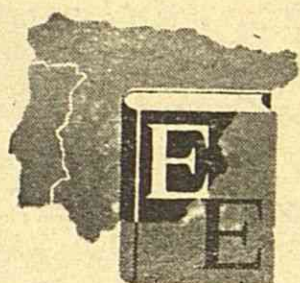
su acción en los primeros meses de la guerra. Lo que antes era una masa inorgánica de combatientes espontáneos, es ahora una fuerza militar templada en el sacrificio y la experiencia. Se ha mejorado la producción militar, se han intensificado las industrias de guerra y el rendimiento de la retaguardia. Es ahora cuando empieza la República a contar con los medios de lucha adecuados para batir a los intervencionistas y a los rebeldes.

Los que quieran cotizar la ocupación de Santander como un hecho capital para el éxito de los facciosos, olvidan que también en las guerras las apariencias engañan. Ahí tenemos la historia de la más significativa de las guerras modernas: la de 1914. Un técnico francés ha establecido un exacto paralelismo entre la situación de los aliados entonces y la que ahora sufre la República española. En 1914 los aliados perdieron la batalla de Charleroi, que conducía a los alemanes a las puertas de París, como nuestra derrota en Talavera llevó a los facciosos a las puertas de Madrid. El 5 de septiembre los aliados ganaron la batalla del Marne y salvaron París, como los republicanos el 6 de noviembre salvaron Madrid. En 1916 el mariscal Mackensen ocupó toda Rumania, como en 1937 los italianos ocuparon Málaga. El 21 de febrero de 1916 fué la ofensiva contra Verdún, como los facciosos el 10 de febrero de 1937 atacaron Madrid por el Jarama. Pero fracasaron. Las alternativas de la guerra en el Centro son muy semejantes a las de la primavera de 1916 en Verdún. Verdún resistió como Madrid resiste. En 1916 todavía los alemanes tuvieron la victoria más fácil, porque empujaron a los aliados hacia el mar por territorio servio y montenegrino, como su-

cede ahora en el Norte con las tropas que se repliegan hacia Asturias. Incluso en julio de 1918 los aliados fueron batidos en la Champagne, en Salónica, en Piave, en los frentes del Báltico al Mar Negro. ¡Y, sin embargo, ganaron la guerra!

¡Adelante sobre los cadáveres!

Santander ha caído, en efecto; pero el enemigo sabe, como nosotros, que este episodio no decide la guerra. Por eso Franco pide a sus empresarios que le envíen ciento cincuenta mil hombres más para continuar la guerra. No podrá recibirlos, si es que el instinto de conservación, después de los hechos de estos días, obra en la voluntad de las potencias occidentales amenazadas por el fascismo. Suceda, sin embargo, lo que suceda «los soldados republicanos no se dejarán pasar por encima». La República renueva su confianza en el triunfo y a las jactancias de los intervencionistas opone su decisión de vencer a toda costa. ¡Jamás dominará en España el extranjero! Con el país en ruinas, sobre los campos empapados en sangre, con el dolor y la angustia gravitando sobre el alma unánime del pueblo español, la promesa de triunfar está hecha. ¡Adelante sobre los cadáveres! ¡Por nuestros muertos de Santander, de Euzkadi, de Andalucía, de Castilla, de Extremadura! ¡Por el presente duro y el porvenir espléndido! ¡Adelante!



A E

ARCHIVO